

CORO.—¡Venid! venid! acudid todos! ¡caiga á nuestros golpes y cúmplase el decreto de Dios por el hierro y por el fuego! ¡Está excomulgado! ¡No haya clemencia! ¡no! ¡En el Vaticano ruge el trueno! ¡Muera el tirano!

RIENZI (pareciendo en la terraza).—¡Pueblo! ¡soy yo! ¡has de escucharme! ¡lo quiero!

TODOS.—No le escuchéis.

RIENZI.—¡Abrid los ojos, indignos hijos de nuestros abuelos!

TODOS.—¡Muera! ¡muera!

RIENZI. — ¡Romanos, que deseáis exterminarme! Hice de vosotros un pueblo fuerte, y vosotros, ingratos, olvidáis el santo pacto que nos une. ¡Oh fe romana, vana fe, pisoteada por el pueblo-rey!

TODOS.—¡No le escuchéis! Cúmplase por el hierro y por el fuego el decreto de Dios.

RIENZI.—¡Oh pueblo! ¡ciego furor! ¡perezca por tus manos el último de los romanos y acaba tu obra; cúmplanse tus destinos.

ESCENA II

Los mismos, IRENE, ADRIANO; luego los nobles

(Irene corre al encuentro de Rienzi. Las llamas invaden el Capitolio.)

ADRIANO (llegando).—¡Irene, gran Dios! ¡piedad para ella!

LORO.—¡Adelante! ¡mueran!... ¡mueran los tiranos! (Adriano se precipita hacia Irene. La columnata se desploma. Los nobles se presentan y contienen al pueblo.)

FIN DE RIENZI

EL BUQUE FANTASMA

ÓPERA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

EL HOLANDES.

DALAND, marino noruego.

SENTA, su hija.

ERIK, cazador.

MARIA, nodriza de Senta.

EL PILOTO de Daland.

La acción pasa en Noruega, á orillas del mar.



ACTO PRIMERO

Representa el teatro una playa erizada de puntiagudas rocas.—El mar ocupa gran parte de la escena.—La vista se extiende á lo lejos, sobre las olas.—Cielo sombrío.—Violento huracán.

ESCENA I

MARINEROS NORUEGOS, DALAND, el PILOTO

(El navío de Daland acaba de anclar junto á la playa. Los marineros se ocupan en cargar velas y lanzar cables. Daland, en tierra, sube á la cima de una roca y mira en derredor para reconocer la comarca.)

MARINEROS (trabajando).—¡Hia, ho!

DALAND (descendiendo de la roca).—No hay duda. La tempestad nos ha arrojado á siete millas del puerto. Tan cercano ya el fin de nuestro viaje, sufrir este contratiempo!

PILOTO (gritando, desde á bordo, poniendo las manos á modo de bocina).—¡Eh, capitán, eh!

DALAND.—¿Cómo estamos, á bordo?

PILOTO.—Aquí hay buen fondo, todo va bien, capirán.

DALAND.—¡Es Sandwich, no hay duda! ¡mal haya! cuando ya esperaba ver mi querido techo, y á

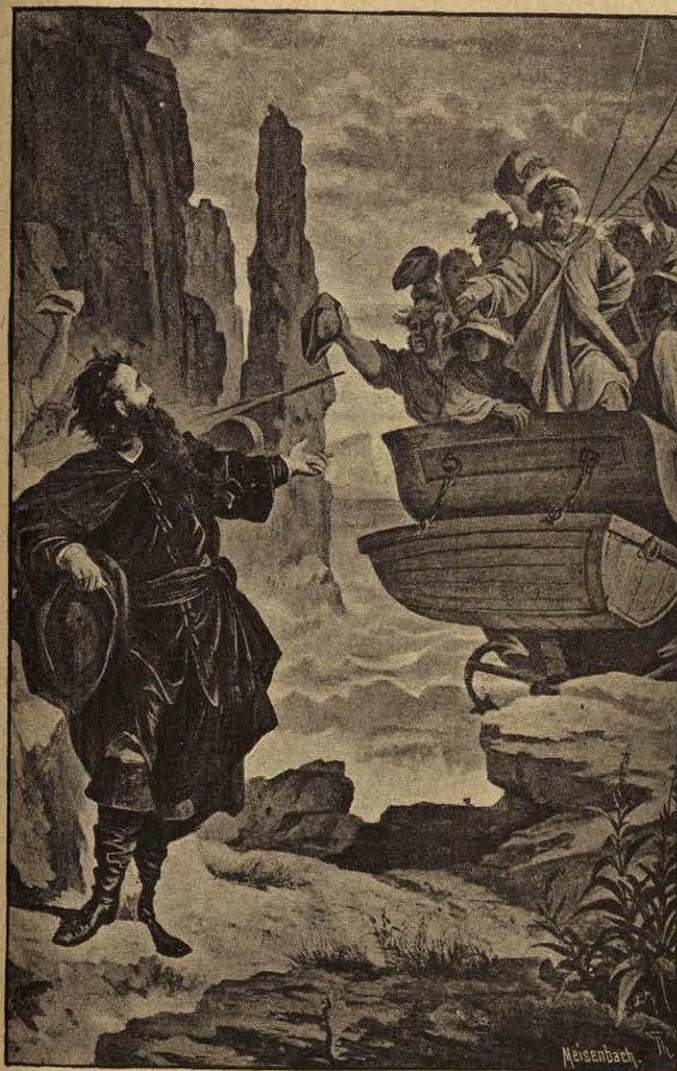
mi adorada hija Senta ¡voto á...! Levantarse un viento infernal! Quien se fía al viento se fía al diablo. (Dirigiéndose á bordo.) Pero ¿qué remedio?... Ya el aire es menos denso... no será larga la tempestad. (A los marineros.) ¡Hola! basta de trabajo, á descansar, nada temo ya! (Los marineros bajan á la cala.—Al timonel.) Tú quédate; has de velar por nosotros. Todo va bien, pero conviene estar alerta.
 PILOTO.—Nada temáis, capitán. Dormid tranquilo.
 (Daland entra en su camarote.)

ESCENA II

EL PILOTO

(El piloto queda solo en el puente. Ha menguado el huracán. En lontananza las olas se levantan á gran altura. Después de practicar su ronda, el piloto se sienta en un rincón, y para distraer el sueño, canta.)

Contra vientos y tempestades, vuelvo, hermosa, al seno de los míos. En vano rugió sobre mi cabeza el huracán, hermosa; heme aquí. A no ser el próspero sur, jamás volviera yo á tu lado. ¡Ah! ¡sopla, sopla todavía, viento amigo; mi hermosa me aguarda hoy! ¡ah, ah, la! (Una ola conmueve el navío. Levántase vivamente el piloto y mira. Cerciórase de que no hay novedad y canta, mientras el sueño le invade por grados.) Desde los confines del globo, siempre en ti pensé, hermosa mía; y desafiando truenos, olas y vientos traigo para ti un presente. Gracias á la próspera brisa vengo con una cadena de oro. ¡Viento amigo, sopla sin cejar! ¡qué contenta va á ponerse con mi obsequio! ¡ah, ah, la! (Lucha contra el sueño y acaba por dormirse. Vuelve la tempestad. En lontananza muéstrase el Buque Fantasma con sus velas de color de sangre y negros mástiles. Acércase rápido á la playa, junto



al navío noruego. Echa el ancla produciendo un ruido terrible. Despierta sobresaltado el piloto de Daland, quien, después de dirigir una mirada en derredor y cerciorado de que todo va bien, murmura algunas frases de su canción.) A no ser el próspero Sur, jamás... (Vuelve á quedar dormido.)

ESCENA III

EL HOLANDES, el PILOTO, dormido

(Sin el menor ruido la tripulación fantástica del Buque Fantasma carga las velas. El Holandés salta en tierra.)

HOLANDES.—¡Sonó la hora! Siete años van transcurridos! Las olas fatigadas me rechazan al momento! ¡Ah! Océano orgulloso, en breve volverás á sustentarme en tus flancos! Tu rabia expira y mi pena no tiene fin. En vano busco, en esta tierra, la ansiada muerte! ¡Oh mar! ¡tú de mis males has de ser testigo, hasta el momento en que se sequen tus ondas! ¡Cuántas veces, harto de sufrir, desafié la tempestad! ¡ah! ¡la muerte parecía huir de mí! En vano mi desesperación imploró el naufragio á un escollo! nunca se abre mi féretro! He retado á más de un pirata, buscando la muerte en el combate: «Ven! ven! estalle tu furor; el oro rebosa en mis escotillas!» Y he visto alejarse espantado al salvaje hijo de los mares. ¡Cuántas veces, harto de sufrir, desafié la tempestad; cuántas veces, en pos de la tumba, dirigime sin freno al escollo! más ¡ay! ni tumba, ni muerte!... cruel decreto del destino! Ángel celeste, esperanza del mensajero, que me mostraste la senda de salvación, anunciándome un día el fin de mis tormentos, ¿te burlas, acaso, de mi cruel destino? En vano espero ¡superfluos votos! hallar en la tierra un corazón fiel! no,

los hay! Sólo me resta una esperanza, esperanza que nunca miente; por largo que sea mi destino, es fuerza que tenga fin el mundo. Oh, día celeste del final juicio ¿cuándo brillarás para mí? Suene esa señal de espanto, que debe destruirlo todo. Cuando los muertos resuciten, lograré yo la paz! Mundos, cesad vuestro curso! Venga la nada, y para siempre! (Coro sordo de la tripulación del Buque Fantasma.) ¡Venga la nada, y para siempre! (El Holandés se tiende sobre una roca del proscenio.)

ESCENA IV

EL HOLANDES, DALAND, el PILOTO

(Sale Daland de su camarote, sube al puente y percibe el Buque del Holandés.)

DALAND (dirigiéndose al piloto). — ¡Eh, timonel, hola!

PILOTO (levántase soñoliento). — ¡Bueno, bueno! (Continuando su canción.) ¡Ah! ¡sopla, sopla todavía, viento amigo!...

DALAND. — ¿No ves nada? ¡Bravo! vaya un modo de velar! Mira ese buque; ¿desde cuándo amarró?

PILOTO. — ¡Diablo; diablo! Perdonad, capitán. (Coge la bocina y grita al Buque.) ¡Hola! (Largo silencio. Oyese dos veces el eco.) ¡Hola! ¡Eh! (Largo silencio. Nuevo eco.)

DALAND. — ¿Serán tan perezosos como nosotros?

PILOTO. — Responded, ¿de qué país venís? ¿qué navío es ese?

DALAND (percibiendo al Holandés recostado). — Está bien. Parece ver allí al patrón. ¡Hola, camarada; dínos tu patria y tu nombre!

HOLANDES (sin moverse de su sitio). — Vengo de muy lejos. ¿Quisieras que me largara de aquí en plena tempestad?

DALAND. — No tal. A Dios gracias, no somos así los marinos. ¿Quién eres?

HOLANDES. — Soy holandés.

DALAND. — Bienvenido seas. La violencia del viento nos arrojó á los dos á estos sitios. No lejos de aquí está mi país. Llegábamos ya, cuando me veo detenido en esta playa. Pero, dime: ¿has sufrido avería?

HOLANDES. — Mi buque es sólido y desafía la tempestad. Juguete de los vientos desencadenados, he andado errante largo tiempo por las olas. ¿Cuánto tiempo hará? apenas lo sé; pues ni siquiera cuento los años! No podría decirte todos los países que he recorrido; uno solo me está vedado: el mío! Si te dignas conducirme á tu casa, no te quejarás de la hospitalidad; en mi buque están amontonados riquísimos tesoros; no lo dades, quedarás satisfecho.

DALAND. — ¿Puedo dar crédito á semejante discurso? (Al Holandés.) Con que ¿el hado adverso te ha perseguido largo tiempo? Con gozo te ofrezco todo lo que poseo. Entre tanto, déjame ver tus ricos bienes.

(A una señal del Holandés, dos individuos de su tripulación desembarcan un cofre.)

HOLANDES. — Vas á contemplar infinitos esplendores. Perlas del Asia, valiosas pedrerías. He aquí la recompensa de tu hospitalidad.

DALAND. — ¡Gran Dios! ¡qué increíbles riquezas! ¿quién podría pagar tantas maravillas?

HOLANDES. — ¡Pagar! Ya te he dicho el precio; todo esto es tuyo, por una noche de hospitalidad. Pero lo que ves es nada comparado con lo que todavía encierra mi buque. ¿De qué me sirve todo eso ¡ay! sin mujer, sin hijos, ausente siempre de mi país? Tuyos son todos mis tesoros si me das una familia entre los tuyos.

DALAND. — ¡Qué oigo, gran Dios!

HOLANDES. — ¿Tienes una hija?

DALAND.—Una tengo... y preciosa.

HOLANDES.—Dámela.

DALAND.—¡El! es posible! casarse con mi hija! quién soñará tal felicidad! no vacilemos, no sea caso que mude luego de propósito.

HOLANDES.—Sin una esposa, sin hijos ¡ay! nada en la tierra me sonríe; el hado adverso me persigue sin tregua; todo agrava mi triste existir! Desterrado del suelo que me vió nacer ¿para qué necesito mi tesoro? Concédeme ese feliz enlace, y toma todo el oro para ti.

DALAND.—¡Será un sueño! ¡fortuna inesperada! ¿qué más pudiera desear? ¡necio es quien la suerte desprecia! ¡yo te bendigo día feliz! Sí, tengo una hija, joven adorable, de amor tesoro, fiel y noble pecho. Es mi bien, mi orgullo, olvido de mis males, ángel de ventura.

HOLANDES.—Si te profesa siempre igual ternura, será fiel á su marido.

DALAND.—Perlas y joyas constituyen realmente la riqueza; pero ¿qué tesoro iguala á un corazón constante?

HOLANDES.—¿Me la concedes?

DALAND.—Sí, en verdad. Me has conmovido; eres generoso, magnánimo; un yerno así deseaba yo y aun cuando fueras menos rico, te preferiría á otro cualquiera.

HOLANDES.—Gracias. ¿Veré á tu hija hoy mismo?

DALAND.—La primera brisa favorable nos conducirá á mi mansión; tú la verás y si te agrada...

HOLANDES.—Será mía. (Aparte.) ¿Habré encontrado mi ángel salvador?

HOLANDES.—Cuando, agobiado de dolor, aspiro á mis alvación ¿me será dado ampararme de la última esperanza que me queda? ¿extasiarme todavía en la loca idea de que un ángel se enternezca por mí? ¿habré alcanzado el anhelado término de las torturas que me envuelven en sombrío manto?

DALAND.—Gloria á vosotras, deidades de la tem-

pestad, que me arrojásteis á esta playa! ¿qué debo hacer sino agarrar con fuerte presa lo que tan liberalmente se nos entrega? Benditos seáis, vientos que me condujisteis á esta orilla; sí, gracias á vosotros, poseo lo que todo padre ansía: un yerno rico.
(Ha calmado la tempestad, muda el viento.)

PILOTO (á bordo).—¡Viento sur, viento sur! ¡Sopla, viento amigo, sopla todavía!

MARINEROS.—¡Hola! ¡oh!

DALAND.—Ya lo ves; la felicidad te sonríe; el viento es favorable y la mar tranquila. Vamos á levantar anclas y á velas desplegadas llegaremos á mi hogar.

MARINEROS (sacando el ancla y desplegando las velas).—¡Ho, ho, he, ho, ho, he!

HOLANDES.—No te detengas por mí; mi tripulación está algo fatigada; después que descanse un rato, te seguiremos.

DALAND.—¿Y el viento?

HOLANDES.—Soplará todavía largo tiempo del Sur. En breve te alcanzamos; mi buque es velero como pocos.

DALAND.—Como gustes, adiós; ven á ver hoy mismo á mi hija.

HOLANDES.—La veré.

DALAND (embarcándose en su navío).—¡He! cómo se hinchan las velas! hala! hala! alerta, camaradas!

MARINEROS (llenos de gozo, largando velas).—En la tempestad y en el huracán, sobre lejanas olas, siempre estoy junto á ti, hermosa niña! Pero sin el viento sur, nunca volviera á tu lado! Sopla, viento amigo, sopla! Mi hermosa me espera, suspirando! ¡ho, ho, he, ho, ho, he!

(El Holandés sube á su navío.)



ACTO II

Sala espaciosa en casa de Daland; de las paredes laterales cuelgan cuadros marinos, mapas, etc. En la del fondo, el retrato de un hombre de rostro pálido, barba negra y traje obscuro.

ESCENA PRIMERA

SENTA, MARIA, Doncellas

(María y varias doncellas hilan, sentadas junto á la chimenea; Senta, reclinada en un sillón, cruzados los brazos, contempla, absorta, el retrato del fondo.)

DONCELLAS.—Zumba y gruñe, torno mío, gira alegre y rápido! Hila, hila, torno mío, zumba y gruñe. Mi amado en alta mar, está pensando en mí! ¡zumba y gruñe, torno mío! ah! si tú dieses el viento, cuán presto volvería! hilad, hilad, compañeras! gruñe, torno mío, y zumba!

MARIA.—¡Animo! ¡ánimo! cómo avanza la tarea! todas, todas piensan en su amado!

DONCELLAS.—¡Silencio, María! ya sabéis! que aún no acaba la canción!

MARIA.—Cantad, pues; no deis tregua al torno. Y tú, Senta, ¿nada dices?

DONCELLAS.—Zumba y gruñe, torno mío, gira ale-